

EL DEPORTE EN AMÉRICA LATINA

Pablo Alabarces ¹

RESUMEN: Este ensayo ofrece un repaso histórico-cultural a la escena deportiva latinoamericana y expone argumentos para desmontar la idea de que el deporte en nuestra región se volvió popular gracias a los medios de comunicación.

PALABRAS CLAVE (KEY WORDS): Deporte, Cultura, Identidad, América Latina, Medios, Fútbol, Box, Béisbol.

INTRODUCCIÓN

No es necesario leer ensayos académicos para descubrir la presencia cotidiana del deporte en toda América Latina. Esa comprobación llega hasta la desmesura al revisar el lugar que ocupa en los medios de comunicación, excediendo las páginas especializadas de la prensa deportiva o los segmentos noticiosos para adquirir autonomía en emisoras radiales específicas, en periódicos deportivos, en canales de cable íntegramente dedicados a la transmisión de eventos o al comentario de los detalles más minuciosos de la vida atlética. Pero también es desmesurada en la conversación cotidiana, en el grafiti callejero, en la captación de públicos en los estadios –no sólo los masculinos, tradicionales destinatarios privilegiados de la práctica y el espectáculo– o en los medios de comunicación. Una mirada más atenta detecta también, en torno de la escena deportiva latinoamericana, fenómenos crecientes de articulación de identidades poderosas, desde el nivel micro de lo local –el “barrio” o el “pueblo”– hasta los niveles más amplios de lo regional o lo nacional: ser “hincha” o “torcedor” de un equipo de fútbol o de béisbol desplaza otros mecanismos identitarios hasta transformarse en central en la constitución de subjetividades contemporáneas. El deporte latinoamericano es hoy un gran socializador, la alfabetización inicial de millones de niños, que deletrean con más facilidad el nombre de Ronaldo que el de Tiradentes.

Semejante fenómeno no puede explicarse solamente por una presunta influencia mediática. Además de contradecir la teoría contemporánea sobre el rol de los medios de comunicación, el análisis histórico demuestra que, a pesar de que el desarrollo de los medios y del deporte son contemporáneos, ambos inventos de la modernidad, la relación de causalidad es más compleja: una adjudicación lineal impediría comprender por qué se desarrolló una cultura deportiva de

masas en torno al béisbol en Yucatán antes del surgimiento, siquiera, de una prensa popular en una población mayoritariamente analfabeta en los años veinte del siglo pasado. El deporte – una lectura en profundidad de su historia y sus articulaciones– permite entender así algunos de los fenómenos cruciales del análisis cultural contemporáneo: la constitución de identidades contemporáneas, como dijimos, y el rol de los medios de comunicación en ese proceso; el lugar del cuerpo en la cultura contemporánea, especialmente entre las clases populares, pero también entre sus clases medias y altas; el rol de las figuras heroicas y modélicas, y el peso de sus narrativas en los imaginarios populares; los fenómenos de violencia ligados a la acción de los fanáticos deportivos, violencias intrínsecamente ligadas a las transformaciones recientes en nuestras sociedades; y también, sin que este punteo agote sus posibilidades, los fenómenos de concentración oligopólica de los medios de comunicación, un mapa en el que el deporte –y sus industrias aledañas, como la fabricación de bienes deportivos, la publicidad, el *merchandising*, el *sponsoring*– tiene mucho que ver.

Pero producir este análisis precisa una entrada histórica. Porque a pesar de su extensión y pregnancia en nuestras sociedades, el deporte no es un invento autóctono; comprender los modos de apropiación y difusión de este fenómeno también ilustra sobre las relaciones centro-periferia, nudo importante de la realidad socio-cultural latinoamericana (para no hablar de su economía y su política).

DEPORTE E IMPERIALISMO

A pesar de que el deporte es una práctica obviamente ligada al *juego* –lo que en las primitivas definiciones de Huizinga, pero también en las más modernas de Roger Caillois, remite al espacio de la creatividad, de lo no-mercantilizable, de lo aleatorio–, la distancia entre ambas zonas es importante. El deporte implica una serie de codificaciones sobre lo lúdico, como veremos; codificaciones que aparecen con la modernidad y el capitalismo industrial, lo que distancia ambas esferas hasta tornarlas autónomas.

En consecuencia, aunque el juego puede rastrearse hasta lo más primitivo y arcaico del género humano –como pulsión lúdica–, el deporte es un invento de la modernidad europea: para ser

más preciso, del capitalismo inglés a mediados del siglo XIX. En ese momento, y especialmente como codificación de distintos juegos populares –el fútbol o el rugby–, o de regulación de prácticas de la aristocracia británica –el boxeo, por ejemplo–, el deporte aparece en las *public schools* inglesas, transformándose rápidamente en pasatiempo de clases con tiempo libre, pero también como instrumento de disciplinamiento del cuerpo y preparación para la guerra de las élites. Las características que adquieren entonces los deportes modernos son:

1. *Secularismo*, como opuesto a la relación de los juegos antiguos con los rituales religiosos;
2. *Igualdad*, el establecimiento de reglas que equiparen a los contendientes;
3. *Burocratización*, la invención de instituciones reguladoras;
4. *Especialización*, la concentración de los practicantes en una sola especialidad;
5. *Racionalización*, la introducción de técnicas específicas de entrenamiento y tácticas;
6. *Cuantificación*, la introducción de mediciones, archivo y estadísticas;
7. *Obsesión con los récords*, en tanto la cuantificación permite establecer continuamente barreras a ser superadas.

Estas características estructurales diferencian los deportes modernos de las formas arcaicas de competencias físicas. Tanto los Juegos Olímpicos de la antigua Grecia –recuperados míticamente en 1896 como forma de establecer continuidad con una historia de la civilización europea– como las prácticas de las poblaciones originarias americanas, no pueden ser catalogadas como deportes; en este último caso, aunque hay ejemplos variados e interesantes que han sido invocados, a veces, como causales de una pretendida continuidad mítica –el juego de pelota de las poblaciones mexicanas o cierta práctica similar al hockey entre los araucanos–, se trata generalmente de prácticas lúdicas ligadas a rituales religiosos y comunitarios, y que sufrieran un corte abrupto con la conquista europea. Uno de los pocos casos en que una práctica de cierto arcaísmo sobrevive contemporáneamente, la *capoeira* brasileña, mezcla de arte marcial y danza ligada a tradiciones afrobrasileñas, fue objeto de una codificación contemporánea, incluso a los efectos de preservar su valor mítico y original.

A partir del siglo XIX, entonces, es que puede datarse el origen de los deportes modernos. Básicamente en la Inglaterra industrial, y posteriormente en los Estados Unidos, que surgían como potencia alternativa a fines de la misma centuria: si cricket, fútbol, rugby, ciclismo, boxeo, esgrima, fueron codificados por los británicos, béisbol, volleyball y básquetball fueron inventados por los norteamericanos. Y la difusión global de los deportes modernos es simultánea de la construcción de los mercados mundiales y de los imperios coloniales. “En la historia del Imperio Británico, Inglaterra debe su soberanía a los deportes”, sostenía el Reverendo J. E. C. Welldon, *headmaster* de la Harrow School entre 1881 y 1895. El mecanismo difusionista implicaba simultáneamente dos agentes: los administradores coloniales o las burguesías empresarias, que extendían sus prácticas entre los residentes británicos o norteamericanos locales (tanto en las colonias efectivas como en las neo-colonias económicas), muy especialmente a través de las escuelas de las comunidades anglosajonas, para luego ser imitados por las élites locales, caracterizadas por su mimetismo radical; y a la vez los obreros o empleados de los transportes –básicamente, ferrocarriles y barcos–, que, influidos por la rápida popularización y profesionalización de los deportes en sus países de origen, desplegaban sus prácticas en los puertos o en los lugares a los que llegaban las vías férreas. Esta duplicidad permitía una expansión veloz de las prácticas deportivas en segmentos amplios de las poblaciones locales –simultáneamente, las élites y las clases medias: aunque haría falta llegar al siglo XX para su expansión entre las clases populares, deudoras del tiempo libre para poder practicar deportes, lo que precisaría de cierta modernización de los regímenes laborales.

Esa expansión entre las clases populares es lo que ha sido definido como *procesos de popularización*. En todos los casos, describen los modos particulares en que esas clases se apropian de un deporte, en algunos casos hasta desplazar a las clases dominantes de su práctica (aunque la administración institucional y económica seguirá siendo un enclave de poder). Las razones, con variaciones nacionales y locales, se concentran en dos ejes: por un lado, la *igualdad* que define al deporte moderno supondrá una fuerte preeminencia del *imaginario democrático deportivo*, la idea de que sólo el mérito garantiza el éxito, diseñando un espacio democrático de ascenso social imposible de hallar en el mundo socio-político del capitalismo. El deporte se vuelve así un lugar donde no sólo el débil puede vencer al poderoso

–y este rasgo adquiere centralidad a la hora de las competencias internacionales entre países periféricos y centrales–; es también donde el *pobre* puede ascender socialmente con las armas del pobre: habilidad corporal, esfuerzo...y picardía. El segundo eje se vincula con la profesionalización: la disputa por ésta enfrenta a las clases populares y medias en surgimiento con las élites, en tanto significa la retribución por un uso hasta entonces ilegítimo del tiempo libre, tornándolo legítimo y útil; permitiendo, nuevamente, la construcción del deporte como espacio de incorporación y ascenso social de las clases populares.

En todo el mundo, esta expansión adquirió características distintas. Por un lado, como veremos en América Latina, la difusión de los deportes es deudora de la influencia predominante de uno u otro imperio; pero a la vez, razones más complejas y en ocasiones sorprendentes llevarán a la hegemonía de algún deporte en desmedro de otros. Así, si el Imperio Británico llevó el cricket a lo largo y a lo ancho de sus colonias, la asociación estrecha de este deporte con las élites vetó su popularización en América Latina; pero no fue obstáculo para transformarlo en deporte popular en Asia y Oceanía.

EL FÚTBOL, EN EL SUR

El proceso de influencia británica se dio con mucha fuerza en la Argentina. Ya en 1806, durante las Invasiones Inglesas al Virreinato español, se registra un match de cricket entre los invasores. Pocos años después, Thomas Hogg, dueño de una fábrica textil en Yorkshire, instalado tempranamente en Buenos Aires, fundó un centro comercial, una biblioteca, un colegio y en 1819 un club de cricket –todos británicos. En 1832, un grupo de jóvenes argentinos que retornaron de sus estudios en el extranjero fundaron su propio club de cricket. El hijo de Hogg, también Thomas, fundó el *Deadnought Swimming Club* hacia 1860, organizando competencias en 1863. En 1866, el mismo Hogg introdujo el squash. Con su hermano James, creó la *Buenos Aires Athletic Society*, que el 30 de mayo de 1867 organizó la primera competencia atlética. Ambos también jugaron en el primer partido de rugby, en el *Buenos Aires Cricket Club*, el 14 de mayo de 1874. Ambos jugaron el primer partido de tenis, en 1880. Y finalmente, aunque no menos importante, el 20 de junio de 1867 ambos lideraron los equipos del primer partido de fútbol.

El impulso decisivo para el fútbol lo dio, en 1884, el escocés Alexander Watson Hutton, al fundar el *Buenos Aires English High School*, introduciendo en la currícula escolar la práctica de deportes. Por su parte, los ferrocarriles, todos en manos de capitales británicos, colaboraban: en 1891 se organiza la primera Liga, creada por F. L. Wooley, miembro del *Buenos Aires and Rosario Railway Athletic Club*, un club deportivo ligado a la empresa. La conjunción de ambos factores podía verse en el partido jugado, en 1890, entre los obreros del Ferrocarril Nordeste Argentino vs. los estudiantes del Colegio Nacional de Santiago del Estero: este juego también señalaba la rápida expansión de la práctica por el territorio argentino. En 1893, producto de una alianza entre clubes y colegios británicos, se creó la *Argentine Football Association*, que recién castellanizaría su nombre –y el registro de sus actas– en 1905. Toda la década estará dominada por los clubes y colegios de la colectividad, hasta que en la década siguiente comience la hegemonía de los nuevos clubes de las clases medias criollas: estos clubes, a veces ligados a pertenencias territoriales –los nuevos “barrios” porteños o las ciudades pequeñas del interior del país– o a empresas industriales o de servicios –ferrocarriles, pero también comercios–, son los agentes de un intenso proceso de popularización que involucrará también a las clases populares y que desembocará en la profesionalización en 1931. A partir de ese momento, los clubes de la élite abandonan la práctica del fútbol para concentrarse en el rugby y más tarde en el hockey femenino, que durante décadas serán un duro símbolo de distinción de clase.

En Uruguay el proceso será similar: en 1842 se crea el *Victoria Cricket Club*, y en 1861 el *Montevideo Cricket Club*. Desde el comienzo de la difusión deportiva apareció más extendido el fútbol que el cricket, pero esto se afianza en 1891, con la fundación del *Central Uruguay Railway Cricket Club* (luego Peñarol de Montevideo): sus miembros, ligados obviamente al ferrocarril, jugaban cricket en verano y fútbol en invierno, hasta finalmente concentrarse en el segundo. En 1899 se crea el club Nacional, para “arrancar el deporte de las manos de los extranjeros”, como su nombre lo indica a las claras. En 1900 se funda la *Uruguay Football Association*; el proceso de popularización, similar al argentino, culmina cuando el fútbol uruguayo conquista, en 1924 y 1928, las medallas doradas olímpicas en París y Amsterdam, respectivamente, y en 1930 el primer Campeonato Mundial de Fútbol, disputado precisamente en Montevideo.

En Chile, el fútbol también está ligado a la colonia británica: el primer club es el Valparaíso F.C., fundado en 1889 por David Scott. También a las escuelas inglesas, como *Mackay* y *Sutherland*, y a las empresas como *Casa Rogers*, importadores de té. En 1893 aparecen los tradicionales partidos entre Valparaíso y Santiago. También en ese año se juega el primer partido internacional entre Chile y Argentina (un modesto empate 1 a 1), aunque tuvo poco de internacional: todos los jugadores eran británicos nativos o descendientes. En 1895 se crea la *Football Association of Chile*.

En Brasil, el fútbol se difunde por la acción de Charles Miller, un paulista de padres ingleses, quien regresa en 1894 de una década de estudios en Gran Bretaña (las estadias de los hijos de las élites latinoamericanas en las metrópolis británicas o norteamericanas fueron otro gran factor de difusión), y propagan el deporte de manera exitosa, llevando al *São Paulo Athletic Club* a abandonar el cricket por el fútbol. En Río de Janeiro, a su vez, los británicos fundaron el *Club Atlético Fluminense*, como reducto aristocrático. La rápida difusión del nuevo deporte produjo enormes conflictos en una sociedad que apenas pocos años atrás había abolido la esclavitud. Cuando los primeros jugadores procedentes de las clases populares –entre ellos, los jugadores negros– comenzaron a aparecer exitosamente, las disputas fueron agudas. Los primeros innovadores fueron el club Bangú, ligado a una fábrica carioca, que comenzó a reclutar jugadores entre sus obreros y aceptó los primeros jugadores negros, excluidos formalmente de los equipos por disposiciones de las instituciones reguladoras –demostrando el peso de una administración blanca y aristocrática que se resistía a la popularización–, y el Vasco da Gama, que encabezó exitosamente las luchas por la profesionalización y consagró la incorporación de las clases populares al deporte. La creación del club Flamengo fue, también, una respuesta a la exclusión de negros y pobres: hasta hoy, la identificación del club con las clases populares permitió su expansión nacional, excediendo la de *club carioca*, pero también su estigmatización (las *torcidas* adversarias cantan, ante un gol a favor, “ela ela ela, silencio en la favela”).

Sin embargo, la *democratización* del fútbol brasileño permitió un ascenso veloz de la calidad de su juego. Un excelente desempeño en los Campeonatos Mundiales de 1934 y 1938, con las

estrellas Domingos Da Guía y Leônidas Da Silva –ambos negros– consolidó esa expansión. El fútbol aparecía, hacia los años 50, como un escenario perfecto para reponer una mítica *democracia racial* brasileña –celebrada por un periodista como Mario Filho o un antropólogo como Gilberto Freyre, prologuista del libro del primero, *O negro no futebol brasileiro*, de 1947. La derrota en la final del Campeonato Mundial de 1950 ante los uruguayos –liderados por otro mulato, el *negro* Obdulio Varela– implicó la reaparición de los estereotipos racistas, que culparon de la caída al golero Barboza y al zaguero Bigode, ambos negros. Finalmente, los éxitos mundiales de 1958 –con la conducción de Didí y el estrellato de un joven Pelé, negros los dos–, 1962 y 1970 permitieron la desaparición de estos estigmas y la consolidación, por el contrario, de otro discurso mítico que vincula la negritud con los desempeños corporales distintivos –no solo en el deporte, sino también en la danza o en la anteriormente citada *capoeira*.

EL BÉISBOL, EN EL CARIBE

Por su parte, la mayor influencia norteamericana en el Caribe, tanto por la expansión de sus capitales financieros o industriales como por la política de ocupaciones y *patio trasero*, implicó la hegemonía del béisbol. A diferencia del fútbol, en que los alumnos terminaron derrotando al maestro (los ingleses), la relación imaginaria de los caribeños con el béisbol norteamericano se mide por la gran importancia de los peloteros hispanos en las Grandes Ligas yanquis: por ejemplo, Orestes “Minnie” Mimoso (cubano), Roberto Clemente (portorriqueño), Chico Carrasquel y Luis Aparicio (venezolano), Juan Marichal (dominicano), Fernando Valenzuela (mexicano), entre muchos otros.

El primer béisbol latino parece haber sido cubano. Míticamente se dice que el juego habría sido introducido por marineros norteamericanos en Matanzas hacia 1840, pero eso sería incluso anterior a la codificación moderna de Alexander Cartwright. La introducción habría partido de estudiantes cubanos al regreso de sus estudios metropolitanos: por ejemplo, Nemesio Guilló, que introdujo el béisbol en La Habana en 1864. El primer partido documentado ocurrió en 1874, en la victoria de La Habana contra un equipo de Matanzas, 51-

9. En 1878, Emilio Sabourín organiza la primera Liga de Béisbol Profesional Cubana, cuyos primeros dos torneos fueron ganados por El Club de La Habana.

Los primeros aficionados, procedentes de las clases altas criollas, fueron combatidos por las autoridades coloniales españolas, que preferían la gimnasia; pero que además sospechaban que el deporte tenía implicancias políticas. Y era así: los nacionalistas de élite buscaban en los Estados Unidos sus modelos deportivos y sus modelos políticos (y su financiamiento). Por ello, los españoles prohibieron el béisbol en 1895. Uno de los animadores principales del béisbol cubano, el citado Emilio Sabourín, además de fanático organizador de juegos, traficaba armas para los insurgentes y financiaba la revuelta de José Martí. Fue encarcelado en 1895 y enviado a Ceuta (el Marruecos español), donde murió en 1897. Cuentan sus compañeros que Sabourín era devoto, en partes iguales, del “béisbol, su familia y su Patria”.

El béisbol cubano despegó con la llegada del protectorado norteamericano, luego de la Independencia. La Liga amateur fue establecida en 1914, y la profesional en 1917. Dos jugadores cubanos blancos, Rafael Almeida y Armando Marsans, jugaron para los *Cincinnati Reds* en 1911. En 1922, un equipo entero, los *Cuban Stars*, jugó en la *Negro National League* norteamericana. Muchos peloteros norteamericanos que fallaban en alcanzar las Ligas Mayores probaban suerte en la isla. Asimismo, el hecho de que la temporada cubana fuera en invierno en vez de en verano aumentaba las chances de estos intercambios. También la “cláusula de reserva”, que dominó el béisbol yanqui hasta los 60 e impedía la libre contratación de los jugadores, llevaba a muchos peloteros a tratar de incrementar sus ingresos en la “liga de invierno”. También para los negros, que escapaban del racismo norteamericano: la liga cubana les permitía vivir una integración de facto.

En México se registra cricket desde 1827. Pero hacia fines de siglo el favoritismo, siempre de las clases altas, había cambiado al béisbol. Hacia 1890, también las inversiones norteamericanas habían prevalecido sobre las británicas. Y también entre los empleados de comercio o bancarios y ferrocarriles: *Mexican Central vs. Mexican National*, o en 1882, el juego entre el *National Baseball Club vs. Telephone Company* (31-11).

Los jugadores nativos aparecen poco después: en 1886 se registra un partido benéfico en Corazón de Jesús. En 1895, un equipo nativo vence al *American Base-ball Club* y al *Cricket Club* (con ingleses que “más o menos se ajustaban a las reglas americanas”, como testimonian las fuentes). En 1890, los cubanos introducen el juego en Yucatán, a partir de la relación de la península con la isla por el comercio de fibras vegetales. En 1892, la burguesía de Mérida funda el *Sporting Club*. En 1905 nace una Liga regional, alimentada por jugadores cubanos, sobre la que volveremos.

En 1904 se crean dos ligas mexicanas: una amateur, para el verano, y otra semiprofesional para el invierno. El club *El Record* juega –y pierde– en 1907 contra los *Chicago White Socks*. Siempre, claro, son fenómenos de clases altas. Después de la Revolución, en 1920, el béisbol no solo revivió sino que se popularizó. Hacia 1924 la Ciudad de México tenía 56 equipos, ya con jugadores y públicos populares. En 1925 se crea una Liga Profesional. Todos estos esfuerzos fueron apoyados por el PNR, que declaraba, en 1932, que tenía la “sagrada obligación” de fomentar el progreso físico tanto como el económico y social.

En los 40, un millonario de Veracruz, Jorge Pasquel, llegó a la presidencia de la Liga y construyó un gran desafío para el béisbol norteamericano. Comenzó a seducir beisbolistas profesionales triplicando sus salarios, así como de la *Negro League*: por ejemplo, el *pitcher* de los *New York Giants*, Tom Gorman. Los jugadores que pasaban a la liga mexicana eran sancionados por Albert Chandler, el manager de las Grandes Ligas yanquis, pero los salarios eran imbatibles (nuevamente, esto les permitía escapar de la “cláusula de reserva”). Este intento fracasó hacia 1947, cuando Pasquel debió comenzar a reducir costos: la Liga era inviable, considerando que el mayor estadio mexicano tenía capacidad para 22,000 espectadores, y no había televisión a mano para patrocinar.

La República Dominicana terminó siendo el centro de gravedad del béisbol hispano. Introducido por los cubanos exiliados en la primera Guerra de la Independencia (1868-1878), los primeros clubes dominicanos nacen en 1891, fundados por Ignacio y Ubaldo Alomá, dos cubanos: son *El Cauto* y *Cervecería*, los Azules y los Rojos. En 1907 nace el primer club puramente dominicano, el *Lickey*. En 1891 se juega el primer partido interurbano (*Lickey* contra

San Pedro de Macorís) y en 1912 se juega el primer campeonato. La ocupación norteamericana de 1916 a 1924 expandió la práctica. Entre 1922 y 1936, el *Licey* contrató un norteamericano negro, Charles Dore, como manager, pero la influencia cubana siguió siendo central, por lo que los equipos continuaron contratando jugadores de la isla. La carrera fue tan fanática que el *Estrellas Orientales* de San Pedro de Macorís se volvió un equipo cubano, con la excepción de sólo tres jugadores locales. Ante su dominio, el dictador Trujillo disolvió los dos grandes equipos de la capital, el *Licey* y el *Escogido*, para formar el *Ciudad Trujillo*, con ocho afrodescendientes norteamericanos, seis cubanos, un portorriqueño y un único dominicano. El saqueo de los equipos negros yanquis fue tal que interrumpió la *Negro National League*. Además, Trujillo incentivaba a sus jugadores amenazándolos con el pelotón de fusilamiento. Con esta motivación, el dictador consiguió que su equipo ganara el campeonato en 1937; luego, disolvió el béisbol profesional hasta 1951.

A partir de ese momento, el flujo se volvió unidireccional. En 1956, los *San Francisco Giants* reclutaron a Ozzie Virgil. Desde 1947, la integración racial del béisbol norteamericano abrió las puertas para los jugadores afro-dominicanos. La Revolución cubana, por su parte, cerró las puertas para el reclutamiento norteamericano, por lo que la República Dominicana se transformó en el primer semillero. En 1976 se instaló el primer campo de reclutamiento (los *Toronto Blue Jays*), dirigido por Epifanio Guerrero. Hacia 1991, un tercio de los jugadores de Toronto eran dominicanos, En 1989, había 15 “academias” regentadas por franquicias norteamericanas. La más importante, Campo Las Palmas, es propiedad de *Los Angeles Dodgers*. El hecho de que 65 dominicanos jugaran en las Grandes Ligas en los 90 llevaba a afirmar que Santo Domingo y San Pedro de Macorís eran, proporcionalmente, las más importantes fuentes mundiales de talentos beisbolísticos.

¿LA NACIÓN EXITOSA?

Este panorama sintético de desarrollo de los dos grandes deportes nacionales latinoamericanos no puede hacernos olvidar muchas otras posibilidades deportivas, también exitosas, en muchos casos, en el plano internacional: el caso, por ejemplo, de los triunfos del argentino Juan Manuel Fangio entre 1949 y 1958 en el automovilismo, replicados treinta años después por el

brasileño Ayrton Senna –pero también, aunque en menor medida, por los también brasileños Emerson Fittipaldi y Nelson Piquet. Inicialmente, el automovilismo tuvo rasgos más democráticos en la Argentina, donde surgió especialmente en los pueblos y pequeñas ciudades rurales del interior del país, de la mano de pequeños comerciantes o agricultores ligados a la mecanización agrícola –el caso de Fangio, modesto mecánico de un pueblo rural. Este proceso se agotó en los años sesenta, cuando la tecnología necesaria para la alta competencia internacional derivó en una selección económica “natural” –el caso de Senna, hijo de la poderosa burguesía paulista. Sin embargo, el origen de clase de los grandes corredores de Fórmula Uno, como en el caso brasileño, no impidió una gran popularidad de sus mayores intérpretes: la muerte de Ayrton Senna, héroe nacional brasileño, es una prueba al respecto.

En la serie de los deportistas exitosos es insoslayable la larga lista de boxeadores: desde el argentino Luis Angel Firpo hasta el panameño “Mano de Piedra” Durán, pasando por una gran cantidad de boxeadores latinoamericanos que alcanzaron títulos mundiales. Esta serie particular tiene un rasgo característico: los boxeadores son sistemáticamente miembros de las clases populares de cada sociedad, y describen en sus carreras el clásico periplo del héroe clásico, de la miseria a la fama, periplo que incluye casi inevitablemente la caída en el abismo –nuevamente, la pobreza.

Pero también hay deportes exitosos de élite, en el sentido de que sus procesos de popularización nunca alcanzaron las dimensiones del fútbol o el béisbol, limitándolos a la práctica de las clases medias y altas. Un caso reciente es el tenis en Argentina, Brasil o Chile, y ocasionalmente en Ecuador y Perú. El básquetball es un deporte con picos de popularidad importantes en ciertos enclaves –aparece más en las ciudades pequeñas, donde puede competir con la hegemonía del fútbol, por ejemplo–, y ha desarrollado muy buena calidad en Brasil, Argentina, Venezuela y Puerto Rico. Lo mismo ocurre con el vóleyball, nuevamente en Brasil y también en Cuba: ambos son potencias mundiales. Lo mismo ocurría con el vóleyball femenino peruano en los '60 y '70.

En el plano de los Juegos Olímpicos, el momento privilegiado de una cuantificación –el medallero– que verifica los avances deportivos medidos por naciones, el panorama es mucho

menos importante. En 1896, en las primeras Olimpiadas modernas, hubo un solo atleta latinoamericano, el chileno Luis Subercaseaux. La temprana modernización argentina le permitió competir con ciertas posibilidades desde 1908 hasta fines de los '50; a partir de los '60, la hegemonía fue brasileña. Desde 1976 (Montreal), la dominancia cubana, que desplegó los beneficios de sus políticas deportivas, fue incuestionable. En el caso de las mujeres, hubo que esperar hasta 1948, en que la argentina Noemí Simonetto ganó la medalla de plata en salto en largo; en 1956, la chilena Marlene Ahrens ganó plata en jabalina. La primera latinoamericana que ganó una dorada fue la cubana María Caridad Colón en jabalina, veinte años después. A partir de allí, los éxitos femeninos siguieron siendo excepcionales, salvo en el caso cubano que, aún replicando la predominancia deportiva masculina entre los practicantes, extendió los beneficios de sus políticas a ambos géneros.

Lo más interesante de este proceso son sus consecuencias en términos de los imaginarios latinoamericanos. El deporte se instituyó a lo largo del siglo XX como un espacio vicario, un lugar donde desplegar éxitos en contextos de agudas desigualdades y la distribución más inequitativa de la riqueza. Que sus protagonistas más destacados, con las excepciones señaladas, fueran actores provenientes de las clases populares –con futbolistas, peloteros y boxeadores a la cabeza– contribuyó al establecimiento de narrativas que podemos llamar “compensatorias”: los héroes populares del deporte reponían una democratización imaginaria de lo público, que la política negaba sistemáticamente. El caso del argentino Maradona es arquetípico: Maradona significó durante casi veinte años (entre 1978 y 1994) la posibilidad de que un deportista exasperantemente plebeyo condensara los significados nacionales argentinos exitosamente, en el mismo momento en que su país se debatía entre dictaduras sangrientas, guerras perdidas, crisis económicas y neoconservadurismos radicalmente excluyentes.

De la misma manera, como hemos señalado, operó la cuestión étnica: la visibilidad de un Pelé o un Ronaldo opacaba la persistencia de la discriminación y el racismo brasileño. Estos mecanismos, aunque con contradicciones, fueron rápidamente apropiados por las clases dominantes: aunque generalmente desplazados de las prácticas por los procesos de popularización y refugiados en los deportes de élite, la acción de los Estados y los medios de comunicación tendió –y aún tiende– a destacar los éxitos provisorios como máximo horizonte

de lo posible. Esto puede verse con gran claridad en dos contextos dictatoriales: los éxitos futbolísticos de Brasil en 1970 y de Argentina en 1978, en ambos casos celebrados por las dictaduras respectivas como éxitos nacionales y gubernamentales.

DOS ALTERNATIVAS

1. LAS POLÍTICAS CUBANAS

El caso cubano muestra simultáneamente una continuidad y una divergencia con el cuadro que brindamos. En Cuba, el deporte profesional fue abolido en 1962, alegando que “el profesionalismo es un fenómeno típico del capitalismo, en tanto explotación del individuo, y consecuentemente no tiene lugar en una sociedad socialista”. En 1961 se había creado el Instituto Nacional de Deportes, Educación Física y Recreación (INDER), que tomaría a su cargo la organización y planificación del deporte. Entre otras consecuencias, esto llevó a que la práctica y la asistencia a eventos fuera desde entonces absolutamente gratuita. El deporte ha sido incorporado a otras instituciones sociales, además de, obviamente, la escuela y la Universidad: la fábrica, las fuerzas armadas y también la producción rural. El esquema se basa en una extendida práctica de base escolar donde se produce un proceso de detección de talentos, apuntando centralmente al éxito, al reconocimiento internacional y al prestigio de la Revolución.

Siguiendo el modelo desarrollado por la Unión Soviética a partir de los años cincuenta, y practicado epigonalmente en la Europa Oriental de la Guerra Fría, el éxito deportivo significaba poner en escena, en una arena tan espectacularmente global como las competencias internacionales, los beneficios del modo socialista de organización. Las consecuencias de estas políticas en Cuba fueron notorias. En los Juegos Panamericanos, Cuba creció de veinte medallas en 1959 a 152 en 2003 (con un pico de 275 en 1975, antes de la crisis del comunismo europeo y el Período especial). En los Olímpicos, saltó de una medalla en 1964 a 29 en 2000. La política de masas también produjo grandes estrellas individuales: Alberto Juantorena, Javier Sotomayor o Teófilo Stevenson. En este último caso, la narrativa heroica alcanzó su plenitud, perfeccionada: no solo se trataba de un boxeador, con la carga mítica del origen

humilde, sino de un héroe del socialismo. Stevenson, campeón olímpico imbatible de los pesos pesados, la máxima categoría del boxeo mundial, rechazó sistemáticamente todas las tentaciones para pasar al profesionalismo y competir fuera de Cuba, insistiendo en sus convicciones revolucionarias.

El modelo cubano se intentó reproducir en la Nicaragua sandinista, con la creación de un Instituto de Deportes menos de dos meses después del triunfo de la Revolución, y el establecimiento de cientos de Comités de Voluntarios Deportivos en todo el país, para desarrollar la práctica local y comunitaria. La caída del sandinismo provocó la cancelación de la experiencia, impidiendo comprobar si la política cubana bastaba para generar el éxito deportivo.

2. EL CASO YUCATECO

El desarrollo del béisbol en Yucatán, muy vinculado a la economía de enclave (la producción de hilo sisal y el peso de los norteamericanos) pero también a la fácil relación con Cuba por el mar y el aislamiento por tierra, es un caso interesante para leer un pliegue político particular del deporte latinoamericano. En Yucatán había ocurrido un florecimiento popular del béisbol en las primeras décadas del siglo, antes de su popularización en el Distrito Federal, impulsado por las élites locales. La llegada del gobierno de Salvador Alvarado en 1915 a Yucatán llevó la Revolución Mexicana, y con ella las reformas burguesas (por ejemplo, el fin de la esclavitud rural). Cuando en 1918 Alvarado fue enviado por Carranza a otro destino, el Partido Socialista del Sureste, conducido por Felipe Carrillo Puerto en una dirección más radical que la de Alvarado, apareció como hegemónico. Esto motivó las persecuciones del gobierno Federal de Carranza y el exilio de Carrillo Puerto. La llegada al poder de Obregón y Calles, en 1920, permitió que en 1922 Carrillo ganara las elecciones locales. Entre 1922 y 1924 desplegó una política revolucionaria, acelerando la reforma agraria. La política movilizatoria de Carrillo contó con el béisbol como eje: creando ligas en todo el Yucatán, “hasta los pueblitos”, en torno de las cuales se desplegaban actividades políticas y culturales, incluyendo a las poblaciones mayas, contribuyendo con el objetivo de integración social. En esa dirección, distribuyó US\$ 20,000 en guantes, bates y pelotas en las haciendas y comunidades. Durante un

período de sólo dos semanas en 1923, se crearon 47 nuevos equipos en el interior de Yucatán. Eso incluía equipos con nombres mayas, como *Tixcacaltuyu* o *Tacchubchen*, o revolucionarios, como *Soviet* o *Agrarista*. En Mérida y Progreso, el *Carlos Marx* enfrentaba al *Emiliano Zapata*, al *Máximo Gorki* o al *Los Mártires de Chicago*. El gobierno proveía pases libres de ferrocarriles, ahora estatales, para los jugadores y el público, o enviaba a la banda estatal de música a tocar en los pueblitos más alejados en ocasión de juegos importantes.

En enero de 1924, los hacendados de Yucatán respaldaron la revolución de De la Huerta contra Obregón, y aprovecharon la oportunidad para encarcelar y ejecutar a Carrillo Puerto y sus seguidores. El triunfo de las tropas de Obregón repuso al Partido Socialista en el poder, pero en su variante más reformista: cortaron los gastos en políticas sociales y redujeron su política deportiva. La domesticación del Partido implicó la simultánea domesticación del béisbol, que redujo su extensión popular y debió esperar más de 30 años hasta la construcción de un estadio adecuado. Una política radicalmente democratizadora había demostrado el potencial del deporte como articulador de experiencias políticas y culturales, como movilizador y como metáfora de la inclusión y la ciudadanía. El fin de esa política mostró que, en contextos conservadores, esa metáfora se transforma en pura retórica.

CONTRADICCIONES

Como hemos visto, los deportes “importados” fueron incorporados por las élites locales para la reproducción de los modos de vida y organización social de las potencias imperialistas; pero los mismos deportes pudieron transformarse en agentes anti-colonialistas y anti-imperialistas. Emilio Sabourín, beisbolista e insurgente cubano, es un buen ejemplo. Los procesos de popularización ocurridos en todo el continente, de manera variada y con diferencias en los deportes hegemónicos en cada caso, permitieron la aparición de otras alternativas: por un lado, el gesto democrático de la aparición de los héroes populares del deporte; por otro, la difusión de narrativas exitosas que proponían en el plano simbólico un relevo –imaginario– de las invariablemente injustas condiciones de vida de las sociedades latinoamericanas.

La situación actual revela la persistencia de esas contradicciones, agravadas por la maximización del espectáculo deportivo global como mercancía privilegiada de los medios de comunicación globales. En ese contexto, la producción de héroes populares se vuelve un argumento mediático, un guión pre-fabricado. A pesar de la importancia que los “héroes deportivos” tuvieron en las narrativas inclusivas históricas (como hemos visto, desde Luis Ángel Firpo hasta Maradona; de Leónidas a Garrincha, pasando por varias larguísimas listas), hoy asistimos al modelo del *star system*, que ha transformado las épicas populares en anécdotas del *jet-set*. De modelos populares y de ascenso social, las estrellas deportivas se han transformado en figuras huecas y efímeras, de la duración de un programa de televisión.

El deporte latinoamericano acompañó históricamente las narrativas modernas de inclusión ciudadana, complementando y a veces contradiciendo las acciones estatales, construyendo la posibilidad de épicas donde los actores populares aparecían como actores legítimos en los repertorios nacionales. Hoy es posible comprobar cómo en los últimos años esto se ha vuelto puro discurso, una operación meramente imaginaria, apenas un tópico publicitario. Un *neonacionalismo de mercado*, donde el éxito futbolístico de Costa Rica en 1990 o 2002, o el tenístico del chileno Marcelo Ríos a finales de la década pasada, permiten el despliegue de una retórica falsa, y tardíamente, nacionalista.

Sin embargo, estos cambios no son una clausura definitiva: el deporte puede volver a transformarse en una posibilidad inclusiva democrática, pero sólo si los mecanismos de inclusión se *politizan*, entendiendo como política la operación de reponer toda acción en un contexto de totalidad que le otorgue pleno sentido; que la acción social, por social y política, no sea un juego retórico, un simple juego de narrativas épicas. Para ello, es imprescindible superar el hecho de que el deporte ha tendido a construir o reforzar micro-identidades locales tribalizadas, radicalizadas hasta la violencia (la oposición costa-sierra en Ecuador, por ejemplo, o puerto-interior en la Argentina). Y que al mismo tiempo el discurso deportivo periodístico se ha transformado en uno de los principales reproductores y difusores de los estereotipos excluyentes: locales, al interior de cada caso nacional, pero también internacionales, promoviendo las oposiciones nacionales *balcanizadoras*: Argentina-Brasil, Perú-Ecuador, Honduras-El Salvador

(enfrentados en una guerra en 1969 rotulada como “la guerra del fútbol”), son algunos ejemplos. Lamentablemente, no los únicos. Ni los últimos.

REFERENCIAS

AA.VV. Fútbol y béisbol: los juegos de las identidades, dossier de *Nueva Sociedad*, 154, Caracas, marzo-abril 1998, pp. 58-174.

AA.VV. Fútbol, identidad y política, dossier de revista *Debate*, 43, Quito, abril 1998, pp. 59-135

Alabarces, P. (org.) (2000). *Futbologías*. Fútbol, identidad y violencia en América Latina. Buenos Aires: CLACSO-ASDI.

Alabarces, P. (2002). *Fútbol y Patria*. El fútbol y las narrativas nacionales en la Argentina. Buenos Aires: Prometeo Libros.

Arbena, J. (1988). *Sport and Society in Latin America. Diffusion, Dependency and the Rise of Mass Culture*. Connecticut: Greenwood Press.

Archetti, E. (2002). *La pista, el potrero y el ring*. Las patrias del deporte argentino. Buenos Aires: FCE.

Archetti, E. (2003). *Masculinidades*. Fútbol, tango y el polo en la Argentina. Buenos Aires: Antropofagia.

Da Matta, R. (Org.). (2002). *O universo do futebol: esporte e sociedade brasileira*. Río de Janeiro: Pinakotheke.

Filho, M. (2003). *O negro no futebol brasileiro*. Rio de Janeiro: Mauad.

Guedes, L. (1998). *O Brasil no campo de futebol*. Estudos antropológicos sobre os significados do futebol brasileiro. Rio de Janeiro: EDUFF.

Guttman, A. (1994). *Games and Empires. Modern Sports and Cultural Imperialism*. New York: Columbia University Press.

Helal, R., et al (2001). *A invenção do país do futebol*. Mídia, Raça e Idolatria. Rio de Janeiro: Mauad.

Villena, S. (1996). *Fútbol e identidad nacional*. San José de Costa Rica: FLACSO, Cuadernos de Ciencias Sociales 91.

NOTAS

¹ Pablo Alabarces es Licenciado en Letras (UBA, 1987), Magister en Sociología de la Cultura (Universidad Nacional de General San Martín, 1999), Doctor of Philosophy (PhD, University of Brighton, 2002). Es Profesor Titular del Seminario de *Cultura Popular* en la Carrera de Ciencias de la Comunicación de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires; Investigador del Instituto de Investigaciones Gino Germani de la UBA e Investigador Independiente del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas (CONICET). Ha sido Coordinador del Grupo de Trabajo "Deporte y Sociedad" de CLACSO entre 1999 y 2003. Especialista en análisis cultural y culturas populares, su investigación ha trabajado principalmente sobre el rock, las culturas juveniles y las culturas futbolísticas. Junto a numerosos artículos en revistas especializadas nacionales e internacionales, entre otros, Alabarces ha publicado los libros *Cuestión de pelotas. Fútbol, deporte, sociedad, cultura* (1996, en colaboración con María Graciela Rodríguez), *Deporte y Sociedad* (1998, compilador); *Peligro de gol. Estudios sobre deporte y sociedad en América Latina* (2000, compilador); *Fútbol y Patria. El fútbol y las narrativas de la nación en la Argentina* (2002); *Futbolologías. Fútbol, identidad y violencia en América Latina* (2003, compilador); y *Crónicas del aguante. Fútbol, violencia y política* (2004). Es catedrático regular en el Diplomado "Fútbol-espectáculo, cultura y sociedad" de la UIA Ciudad de México, es colaborador permanente del diario Perfil y también ha colaborado en los diarios Clarín, Página 12 y Olé. Desde marzo de 2004 es Secretario de Investigación y Posgrado de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA. Su correo es: palabarces@mail.fsoc.uba.ar